

PRIMERAS JORNADAS DE EDUCACION PARA LA PAZ

Murcia, Noviembre de 1988

UN OBJETIVO PEDAGOGICO: EDUCAR PAR LA PAZ

J. Alfonso García Martínez

UN OBJETIVO PEDAGOGICO: EDUCAR PARA LA PAZ

Cuando alguna materia o tema se pone "de moda" parece harto difícil no caer en tópicos habituales y poder evitar seguir los caminos trillados. Queda constancia de que no utilizo la expresión "de moda" en sentido peyorativo, como algo pasajero y evanescente cual flor de un día, sino en el más respetable de una amplia difusión. Puesto que bien nos gustaría que la paz, en cualquiera de sus posibilidades temáticas, estuviese tan en el candelero, tan arrigada y presente en la vida cotidiana de la gente, que se nos hiciese imposible hablar de ella como de un *desideratum*.

No obstante, y mientras intentamos hacer realidad su plasmación definitiva, es preciso convenir que "no hay más remedio que repetir, sin embargo, lo que otros han dicho mejor. Muchas veces la redundancia es lo que evita que los mensajes se pierdan". (SADABA, 1980).

ACERCA DEL INNATISMO DEL A VIOLENCIA

Si algo parece quedar claro a raíz de las diversas investigaciones antropológicas sobre las raíces de la agresión intraespecífica de la raza humana es la inexistencia, mal que le pese a algunos seguidores freudianos, de cualquier tipo de innatismo en los comportamientos belicosos y agresivos de la sociedades humanas (HARRIS, 1987a y 1987b; MORTON, 1973), cualquiera que sea su nivel de desarrollo.

Esta es la razón justificativa de la afortunada frase, acuñada en la constitución de la UNESCO, relativa a que "si las guerras nacen en la mente de los hombres, es en el espíritu de los hombres donde hay que construir los baluartes de la paz"

En efecto, el hecho de que sea en la "mente" y no en los genes donde se asienten los principios justificativos de la agresión, incluida la agresión bélica, es lo que nos permite hablar de "educación para la paz".

En consecuencia, el comportamiento de agresión física, en todas las sociedades, es una forma de comportamiento individual o social que ha sido socialmente enseñado y transmitido.

Con lo que acabo de decir no entro a valorar si este comportamiento ha sido un comportamiento adaptativo (y por tanto útil) o no para las sociedades humanas que lo hayan implementado. Lo que sí parece, en cualquier caso, cierto es que sus orígenes -los de la guerra primitiva- han estado muy ligados al proceso de dominio (culturización) de la naturaleza y a razones de supervivencia intraespecífica de las formas iniciales de sociedad.

Pero lo realmente importante hoy es dilucidar, si aceptamos como punto de partida que la agresión bélica es un *producto cultural*, las posibilidades y los modos de acción educativa que destierren unos comportamientos que en nada contribuyen objetivamente al mantenimiento de las sociedades humanas en cuanto tales ni al dominio racional de la naturaleza, sino que, al contrario, cada vez más ponen en peligro la supervivencia de su vida social directa -guerra nuclear- e indirectamente -destrucción de la naturaleza-.

Desde nuestro punto de vista, pues, la guerra es un *producto cultural* que se hace necesario extinguir para asegurar la preservación del *conjunto* de la cultura humana, incluyendo sus propias formas de organización social, y de la vida misma. La tarea la percibimos, por tanto, como la creación de opciones culturales que eviten la fagocitación de la cultura por parte de uno de sus productos: la creación bélica.

A partir del resto de los productos culturales es desde donde se hace necesario desarrollar la acción contra la guerra si queremos hacer algo por impedir que ésta y todo su complejo adyacente (todas las secuelas de la dominación) sean quienes acaben por informar la totalidad de la cultura humana; si lo consiguiese, esta sería, desde luego, la mejor garantía de su triunfo; es decir, de la derrota de la humanidad.

Desde esta óptica, la tarea de la Educación para la Paz es ciertamente ardua y nada simple. No obstante, como ya ha comenzado a hacerse en cierta medida, su acción puede iniciarse propiciando la alerta y organizando la *resistencia* generalizada ante ese complejo pan-militarista desde los diferentes sectores educativos, tanto escolares como extraescolares, en la confianza de que es posible desterrar la agresión interhumana de la faz de la tierra procediendo al desarraigo de los factores culturales que la alientan.

¿A QUIEN SE ORIENTA LA EDUCACION PARA LA PAZ?

Algunos autores inciden (M'BOW, 1986; RUIZ-JIMENEZ, 1980) en que un sector categoría de la humanidad -los jóvenes- es el principal afectado por la guerra. De ahí deducen que es la juventud la principal interesada y beneficiaria en la consolidación de la paz.

Si bien, de una manera relativa, en la guerra considerada como "convencional" los jóvenes son la primera víctima directa al ser convertidos forzosamente en carne de cañón, no ocurre así secundariamente: quien padece a todos los niveles los efectos de la guerra son todas las escalas de edad existentes en la sociedad, si exceptuamos a determinados miembros de la clases dominantes. Esto es aún más evidente si consideramos la guerra desde la perspectiva de su opción nuclear. Por lo tanto considero necesario rectificar este tipo de asertos que permiten dejar en un segundo plano la necesidad de actura educativamente en sectores distintos al del

grupo de edad caracterizado como "jóvenes" y asumir que la guerra afecta por igual a toda la sociedad, independientemente de cuál sea el estadio de desarrollo físico de sus componentes.

Sólo así será posible el real reconocimiento de la diversidad y de las particularidades que tendrá que respetar cada propuesta de educación para la paz, tanto en cada sociedad específica como en el conjunto de los países entre sí.

En realidad, creo que la Educación para la Paz sólo tiene sentido si se orienta al conjunto de la sociedad. Porque, aún admitiendo que sus primeros pacientes puedan ser los jóvenes, no hemos de olvidar que quienes la preparan tanto socio-políticamente como materialmente y quienes crean las condiciones educativas favorables para el enfrentamiento bélico son, normalmente, los pertenecientes al sector de población más adulto. Un sector que, además, ha sido educado en los principios sustentadores de la guerra y en el que se ha encarnado la falacia consistente en dar por sentado, acríticamente, que la guerra es un apifenómeno de la naturaleza humana, siguiendo los contenidos de las pautas educativas impuestas por aquellos que tienen la guerra como un provechoso negocio. Educación que ha sido posible en las condiciones de dominación ideológica y de clase y que reclama de la Educación para la Paz la tarea de desmitificar las raíces y las consecuencias de dicha ideología ante el pueblo, que aparece como una simple marioneta en los planes de los que ostentan la dominación.

Es por eso que, a pesar de las *declaraciones* sobre la Paz (UNESCO 1978) aceptadas por los gobiernos, las resistencias al desarrollo de una auténtica pedagogía que incluya la Educación para la Paz se mantienen cuando no se refuerzan (OTT, 1986).

Cifñéndonos estrictamente a ese ámbito pedagógico, la obstaculización viene dada por la inexistencia de la Educación para la Paz en los programas educativos, a pesar de las declaraciones legales que en principio le son favorables como en el caso de la Ley Orgánica del Derecho a la Educación (LODE, Artículo 2,g), y el mantenimiento de textos de enseñanza

abiertamente pro-belicistas. Sin olvidar la función de la propia estructura escolar, proclive a la transmisión de los valores concomitantes a la guerra, en especial el autoritarismo, la sumisión y la pasividad de los educandos. Todo ello sin contar con el propio condicionamiento previo de los enseñantes, temerosos de perder su autoridad o sus privilegios si enfrenten las directrices de sus respectivos jefes privados o públicos.

Creo innecesario en este breve esbozo extenderme, en lo que respecta al ámbito educativo, sobre el fenómeno específico que se produce en el seno del Ejército, durante el período militar en cuanto inculcación directa de la ideología belicista y, más aún, en las condiciones de ausencia de libertad de expresión (por citar sólo una) que en su seno existe.

Todos estos obstáculos deben ser superados en tanto que incompatibles con una educación que, entre otras cosas, pretende sentar las bases democráticas de una sociedad cualquiera; y un modo posible es el de la difusión de la inconsecuencia y la contradicción existente entre lo que se firma y se afirma y lo que realmente se hace. Pero esta tarea afecta a toda la sociedad y a ella es a quien debe dirigirse la Educación para la Paz.

Por esta razón, la Educación para la Paz no debe restringirse a ser objeto especializado de tratamiento en una o varias parcelas de la actividad humana, sino que ha de introducirse en todas las parcelas, desde la infancia al mundo del trabajo. Afortunadamente, esta situación empieza a ser comprendida, si bien a menudo sólo *teóricamente*, por algunos dirigentes sindicales que, en cierta medida, enlazan con la tradición antimilitarista del movimiento obrero.

No deja de ser, sin embargo, curioso y sintomático que sea en el ámbito específicamente escolar donde menos importancia se preste a la impulsión de los temas relacionados con la paz.

La reversión de esta situación no puede, lógicamente, consistir en repetir la palabra "paz" hasta la saciedad, sino que debe orientarse a la construcción, desde todos los ángulos de actuación

pedagógica, de las condiciones que hagan efectiva dicha educación: socioeconómicas, culturales, ideológicas y jurídico-políticas. Bases donde la igualdad y la libertad serían los pilares coadyuvantes al establecimiento de una verdadera democracia social, puesto que la paz "es bastante más que la ausencia de guerra y está vinculada a otras muchas situaciones no necesariamente bélicas" (GUEDAN, 1980:11), es decir, situaciones de injusticia y de dominación ocultas a menudo tras unas neurotizantes escalas de valor sociales (ideología) que incorporan la competitividad, el consumo y el éxito como cúspide de las mismas.

EDUCACION PARA LA PAZ, ESCUELA Y ANIMACION SOCIOCULTURAL.

Hemos visto que, por su propia función institucional, el marco educativo formal -desde la escuela a la universidad- está condicionado por las prácticas educativas controladas pro los intereses emanantes de sus dirigentes tanto públicos como privados. Ello comporta la realización de un análisis específico sobre los modos de introducción de la Educación para la Paz en los programas, unas veces paralelamente y otras confrontada a los propios contenidos curriculares. De cualquier modo no debe entenderse como algo que haya que abandonar por imposible: la estructuración autonómica, con todas sus limitaciones actuales, de la enseñanza, la propia autonomía universitaria, la actuación de los Institutos de Ciencias de la Educación y la misma legislación constituyen elementos que pueden contribuir de manera efectiva a la introducción de la Educación para la Paz en los programas de estudios oficiales. La actitud que adopten los profesionales de la enseñanza a este respecto será, con todo seguridad, el elemento clave para su concreción.

Pero donde no cabe duda de que la tarea pedagógica en favor de la paz es aplicable de inmediato es en los ámbitos educativos no-formales, en especial desde los mecanismos de la Animación Sociocultural.

En esta perspectiva, la Animación Sociocultural puede incorporar explícitamente a sus presupuestos, desde una actitud pedagógica incidente en los comportamientos sociales y culturales cotidianos, elementos educativos desamortizadores de la agresión y estimuladores de la comprensión y el respeto pluricultural, puesto que la actitud de apertura dialógica y de la comprensión no puede sino favorecer la paz como mecanismo regulador de las relaciones normales de una sociedad.

Así, desde el ámbito extra-escolar la Educación para la Paz servirá indirectamente para favorecer su implantación en el ámbito institucional, puesto que la propia sociedad, reconstituyendo su capacidad de acción frenen a los gerentes de la guerra y de la dominación, impondrá progresivamente su aplicación.

Una vez admitido que el complejo militarista está basado en la negación de la capacidad de decisión y de participación de las organizaciones sociales en la toma de decisiones, *la potenciación de la participación social* -objeto prioritario de la Animación Sociocultural (GARCIA, 1988)- es una vía privilegiada para desarmortizar esa capacidad concentrada de decisión que es la que sostiene los aparatos de la guerra y de la dominación en general.

De este modo la participación social configurará, frente al comportamiento social irracional que identifica a la opción belicista, el comienzo del reencuentro con la *razón*, colectivamente asumida. Una razón que, contra lo previsto por los racionalistas, no puede imponerse por sí sola y que necesita su recuperación y su sostén social por parte del pueblo.

Estos son elementos que permiten sugerir la necesidad de que la Educación para la Paz penetre el conjunto de la educación: educación global para sociedad justa, libre e igualitaria que contrasta con el condicionamiento para la aceptación de la catástrofe.

Una consecuencia importante de los avances de la Educación para la Paz será, sin duda, la obtención de la suficiente paz para educar.

Murcia, Octubre de 1988